

LETRAS

*En
el
Nombre
de
Todos*

(MENCION HONORIFICA EN EL CONCURSO "CASA DE LAS
AMERICAS", LA HABANA, CUBA, 1972).

Por *José de Jesús Martínez*

a jorge montalván

INTRODUCCION

¿Y quién tú crees que hizo la Revolución Francesa?
¿Quién tú crees que hizo las pirámides? ¿Quién tú crees que
fue el esclavo que subió esas piedras?
¿Y el capataz, quién fue, con el látigo, y el faraón, quién fue?
Sólo porque me ves ahora tímido y un poco tonto
te olvides de que fui yo, yo en persona, quien descubrió el primer teorema
y el último también. Yo mismo, yo, en Nagasaki,
tirando la bomba y a la vez sufriendola;
yo mismo, yo, en la Habana, fusilándome,
y en ambos frentes de Verdún, en la misma hora y con el mismo miedo.
¿No está justificado que ahora sea humilde?
¿No está justificado que ahora sea soberbio?

Desde aquellos días, que recuerdo perfectamente bien,
en que cazaba los mamuts sin ni siquiera un arco, sin ni siquiera un arma,
hasta ayer no más en que salí a buscar trabajo...
Desde aquellas noches, todas, una a una,
en el palacio de Versalles, en los hoteles baratos de Marsella, en Singapur
y ahora en Panamá,
vengo viniendo, haciendo, destruyendo, rehaciendo, caminando,
y ahora estoy frente a ti, y tú no me respetas.
Tú dices, es mentira. Y si es mentira, entonces, ¿quién hizo esta casa?,
¿quién escribió ese libro?, ¿quién te contó los astros?, ¿quién inventó la
matemática?
¿Crees que cayó del cielo? ¿Crees que tú has caído del cielo?, ¿que no has
sido engendrado por mí, ante quien ahora te sonríes con
sarcasmo
sólo porque me falta un diente, sólo porque me ves humilde y el saco me
queda grande?

Voy a morir, es cierto. Pero volveré a nacer. Y moriré mil veces
y renaceré dos mil.
Y seré gerente y obrero, chofer de taxi, muchacha de quince años, estudiante
de letras, astronauta, ingeniero, ama de casa, poeta,
matemático, conserje, dictador y guerrillero.

Exijo, pues, un poco de respeto
cuando me des propina, cuando te dicte una clase, cuando te pida trabajo,
cuando te pregunte la hora o una dirección,
cuando te lea mis versos,

y luego la sonrisa, entonces el amor,
y luego el cigarrillo sentados en la cama,
y la pregunta tienísima de: ¿quieres agua?,
o de: ¿quieres que te prepare alguna cosa de comer?

Unidos para el trabajo grande, para la piedra pesada,
resultamos también unidos para el miedo y el peligro colectivos,
y entonces nació el rito, la plegaria, la súplica en común y el primer
gemido unísono de un canto gregoriano,
y en la otra punta, entonces, una nebulosa
que poco a poco iría tomando la forma y el perfil de Dios.
Te olvidas de que lo amasamos juntos y de que lo horneamos en el
mismo miedo.

¡Pero qué día aquel, qué día del comienzo!
Nosotros, los hombres,
alineábamos las piedras, una detrás de la otra...
Eso, un poco a la derecha. No tanto. Así. Ahora está alineada. De manera
que ese día se estrenaba lo más insólito, lo más original, lo más audaz,
lo más prefado de esfuerzo y de inteligencia:
¡una línea recta!

Después fue la rueda, la máquina, la física nuclear,
pero antes, lo más difícil: la distancia más corta entre dos puntos,
el axioma primero,
la puerta de la ciencia,
el trazo que no vacila,
la primera decisión.
Nosotros, los hombres, en uno de los días más geniales que jamás
hemos tenido,
alineábamos las piedras. Primero una,
luego otra,
después otra.
Esta en el medio.
La otra más allá. Cada piedra en su puesto, en filo, en orden. ¡Estábamos
descubriendo el primer ejemplo de orden. Hacíamos
la primera cosa ordenada y en consecuencia
la primera cosa bella: ¡Una línea recta!

Descubrir otras formas de ordenar el mundo
nos resultó más natural: Primero el arco,
después la caza...

y luego la sonrisa, y entonces el amor,
y luego el cigarrillo sentados en la cama,
y la pregunta tiernísima de: ¿quieres agua?,
o de: ¿quieres que te prepare alguna cosa de comer?

Unidos para el trabajo grande, para la piedra pesada,
resultamos también unidos para el miedo y el peligro colectivos,
y entonces nació el rito, la plegaria, la súplica en común y el primer
gemido unísono de un canto gregoriano,
y en la otra punta, entonces, una nebulosa
que poco a poco iría tomando la forma y el perfil de Dios.
Te olvidas de que lo amasamos juntos y de que lo horneamos en el
mismo miedo.

¡Pero qué día aquel, qué día del comienzo!
Nosotros, los hombres,
alineábamos las piedras, una detrás de la otra...
Esa, un poco a la derecha. No tanto. Así. Ahora está alineada. De manera
que ese día se estrenaba lo más insólito, lo más original, lo más audaz,
lo más preñado de esfuerzo y de inteligencia:
¡una línea recta!

Después fue la rueda, la máquina, la física nuclear,
pero antes, lo más difícil: la distancia más corta entre dos puntos,
el axioma primero,
la puerta de la ciencia,
el trozo que no vacila,
la primera decisión.
Nosotros, los hombres, en uno de los días más geniales que jamás
hemos tenido,
alineábamos las piedras. Primero una,
luego otra,
después otra.
Esta en el medio.
La otra más allá. Cada piedra en su puesto, en fila, en orden. ¡Estábamos
descubriendo el primer ejemp'o de orden. Hacíamos
la primera cosa ordenada y en consecuencia
la primera cosa bella: ¡Una línea recta!

Descubrir otras formas de ordenar el mundo
nos resultó más natural: Primero el arco,
después la caza...

Primero come mi hijo, después come mi mujer, yo soy tercero, que es mucho más que tres.

Y poco a poco el universo fue ordenándose, moviéndose con leyes, ¡la música de Kepler!, ¡la historia!, ¡tu cumpleaños!

Como si descubrir al prójimo fuese poco,
como si fuese poco descubrir el orden,
no sólo las pusimos estas piedras entre todas,
no solamente entre todas las pusimos alineadas,
sino que entre todas las pusimos alineadas
¡y orientadas!,
con una dirección, apuntando, ¡señalando!
La majestuosa piedra, la enorme y majestuosa piedra,
humildemente se calzaba el oficio de ser signo,
de no pedir atención para sí, de desviarte la mirada
al sol o a aquello que en definitiva señalaban y que yo ya no recuerdo
porque eso no es lo importante. Lo importante es que ese día
descubrimos que las cosas pueden ser *medias*,
instrumentos de trabajo, puentes, palabras,
como el humo o lo lejos o el aullido de los lobos que anuncian un
invierno frío.
A partir de entonces, y gracias a nuestro esfuerzo,
las cosas significan algo, y hay señales que apuntan, indicios,
¡hay sentido!,
y en consecuencia forma de comprender.

Tú dices, eso es fácil, y me señalas con el dedo un gato.
Ah, chiquilla irresponsable, si supieras...,
si pudieras acordarte del enorme esfuerzo que ha costado
desatender el sonido con el que dices "gato"
desatender la mano que lo señala.
Si todavía me cuesta un poco, aunque seguramente
eso se deba al hecho de que eres tan hermosa.
Pero en aquellos días nosotros
viviómos asediados por la naturaleza.
La bestia saltaba desde cualquier matorral,
había un arma asesina en cada mano, nosotros
no podíamos no ver las cosas para verlas como signos.
No podíamos, y pudimos.
Era un riesgo, y apostamos.
Tú dices, se ganó poco,
y lo que se ha ganado es que tú puedas pensarlo y decirlo.

Primero come mi hijo, después come mi mujer, yo soy tercero, que es mucho más que tres.

Y poco a poco el universo fue ordenándose, moviéndose con leyes, ¡la música de Kepler! ¡la historia!, ¡tu cumpleaños!

Como si descubrir al prójimo fuese poco,
como si fuese poco descubrir el orden,
no sólo las pusimos estas piedras entre todos,
no solamente entre todos las pusimos alineadas,
sino que entre todos las pusimos alineadas
¡y orientadas!,
con una dirección, apuntando, ¡señalando!
La majestuosa piedra, la enorme y majestuosa piedra,
humildemente se calzaba el oficio de ser signo,
de no pedir atención para sí, de desviarte la mirada
al sol o a aquello que en definitiva señalaban y que yo ya no recuerdo
porque eso no es lo importante. Lo importante es que ese día
descubrimos que las cosas pueden ser medias,
instrumentos de trabajo, puentes, palabras,
como el humo o lo lejos o el aullido de los lobos que anuncian un
invierno frío.

A partir de entonces, y gracias a nuestro esfuerzo,
las cosas significan algo, y hay señales que apuntan, indicios,
¡hay sentido!,
y en consecuencia forma de comprender.

Tú dices, eso es fácil, y me señalas con el dedo un gato.
Ah, chiquilla irresponsable, si supieras...,
si pudieras acordarte del enorme esfuerzo que ha costado
desatender el sonido con el que dices "gato",
desatender la mano que lo señala.
Si todavía me cuesta un poco, aunque seguramente
eso se deba al hecho de que eres tan hermosa.
Pero en aquellos días nosotros
vivíamos asediados por la naturaleza.
La bestia saltaba desde cualquier matorral,
había un arma asesina en cada mono, nosotros
no podíamos no ver las cosas para verlas como signos.
No podíamos, y pudimos.
Era un riesgo, y apostamos.
Tú dices, se ganó poco,
y lo que se ha ganado es que tú puedas pensarlo y decirlo.

Vendrá el invierno, tendremos hijos,
vendrá la primavera, moriremos,
y volveremos a nacer cogidos de otros cuerpos.
Pero ahora estamos, otra vez, en Carnac, caminando entre las piedras
lentamente, fumando, tomando fotografías,
pasándonos revistas, haciéndonos inventario, preparando
nuestra cuenta final, el balance, la herencia que nos dejamos
y que vendremos otro día a recoger.

SERA PORQUE...

Será porque no estás en ningún lado adonde voy,
en ninguna de las conversaciones que sostengo,
en ninguno de los objetos que toco o que veo,
será por eso, digo, y bajo razón de ausencia,
que estás presente en todo, que todo
te significa, te señala, te acusa, te denuncia.
Por ejemplo: En esa silla tú no estas sentada,
en esa conversación no se habla de ti,
tú no has leído ese libro, no has tocado esta navaja,
esta luz no te alumbra, suena el teléfono
y no eres tú quien me llama, y es así
que todo lo traspasa y lo habitas.

Te veo y toco en todo lo que veo y toco:
En los ojos de los niños y en los ojos de los animales,
en la lluvia, en la nieve, en los árboles,
en el camarero que me sirve un café,
en mis amigos, en las mujeres encinta, en las ancianas,
en las muchachas de quince años, en los perros,
en el sonido del tren... Todo
tiene algo de ti, y por eso es hermoso,
todo se te parece, y por eso me gusta,
todo es una excusa para vivir de ti.
Ver las nubes pasar, por ejemplo,
qué admirable pretexto para ponerme a quererte,
qué magnífica ocasión haber nacido,
qué fortuna tener cuerpo, piernas, manos, sexo,
qué alegría estar vivo para eso y qué sonrisa cómplice la mía.

Y debe ser porque nunca estuve realmente contigo
que te encuentro en todo lo vivido que recuerdo
como si te hubieras regado en mi memoria, derramado en mi existencia,
empapándomela

de punta a punta.

En una calle de México, bien entrada la noche
y mucho antes de conocerte,
disfrazada esa vez de señora gorda que vendía enchiladas.

Porque ahora puedo jurar que esa mujer eras tú,
que seguramente tenías un problema y por eso
me vendiste la fritura sin ni siquiera mirarme.

Otra vez, en el mar, una noche...

Aquel perro que me siguió... Aquella puta...

¡Y cómo habitas los libros, los museos,
qué alto sueñas en las salas de concierto!

Tú, Isabel de Portugal,

esposa de Carlos V,

pintada por el Tiziano.

Tú, monja de Saint Michel,

ramera del Renacimiento,

amante de Praxiteles,

señora de Garcilazo.

Tú, Georgette, Francisca, Josefina,

lavandera humilde de Alcalá de Henares: Lisis.

Tú, madre de Jesucristo,

pintada por Vander Weyden.

Cierva encinta de Altamira,

yegua en celo a media noche,

alondra de madrugada,

guerrillera boliviana,

leona herida en el vientre

por flechas de Asuhrbanipal.

Entre línea y línea de los mejores poemas,

detrás de todo gran teorema matemático,

hay un aire tuyo, una presencia, un olor a tu ropa,

como si recientemente hubieras pasado por ahí,

como si te acabaras de ir de cada pensamiento y cada verso,

como si hubiese podido atraparte de haber cogido el libro cinco minutos

antes.

Y debe ser porque nunca voy a estar contigo,
porque seguramente vas a vivir con otro,
que en todos los días que me esperan vas a estar tú no-estando.
Y tendré que buscarte en otras,
llamarte con otros nombres,
verte escondida tímida en el fondo de los ojos de otras
cuyo silencio tendrás que aprovechar para poder hablarme
y decirme todo eso que no me dices,
que no me has dicho nunca y que nunca me dirás.

VIRGINIA

—Róbate unos centavos. Te compras una cinta...

—Cinco reales, la libra de tomates.

—Le dices a tu patrona que ha subido el precio del tomate.

—Virginia, ¿cómo estás?

Te veo pálida, delgada.

—Te compras una cinta para el pelo...

—¿Yo lavaste la ropa? ¿El piso, lo trapeaste?

—Te estás poniendo vieja, ya no sirves.

—Mamá, soy yo. Me estoy ahogando.

—Mejor abortas.

Mi esposa me armaría un bochinche del demonio.

Te botaría del trabajo, yo sé lo que te digo.

—En nombre de mis muertos...

—Cinco reales, la libra de tomates.

—Te ves muy linda, así, con esa cinta.

—En nombre de mis muertos,
de mis soldados muertos en combate
por la patria y el rey,
señora, un rinconcito debajo de su alma.
Nadie lo va a notar.

—Nadie lo va a saber, abre las piernas.

—¡El vaso de agua!

—¡La ropa!

—¡La cocina!

—¡Señora, en nombre de mis muertos...!

—Fuimos esclavos en el Alto Egipto...

—Atravesé los mares...

—Señora, un rinconcito...

Virginia, en ti se hospeda a un precio módico la vida
como si fueras un hotel barato. En tí,

Virginia,

porque tú no sospechas

ni preguntas lugar de procedencia, edad, destino...

Y porque cobras poco: que no se acabe el mundo
o que por lo menos no llueva los domingos.

—Señora, un rinconcito...

En ti la vida se acurruca. Con tus labios

se bebe un vaso de agua, con tus ojos

mira jugar lo niños que abortaste, con tus manos

toca las cosas, las comprueba...

Nabucodonosor se ha puesto una cinta en tu pelo,
César y Shakespeare, Cristo, Napoleón, se han puesto
una cinta en tu pelo.

En verdad, cuán bella eres.

—Atravesé los mares...

—Morí de sed en el desierto...

—¿Ya lavaste la ropa? ¿El piso, lo trapeaste?

—Me fusilaron una madrugada...

A ti conducen todos los caminos,

y el más largo de todos, recorrido

por huestes de romanos, por hititas, por tanques, por camellos...,

donde pasaron gestos, batallas, solemnes

discursos, construcciones de pirámides,

llega hasta ti, termina en tu cocina,

y allí, a tus pies, descansa como un perro.

—¿De dónde sacaste plata para comprar la cinta?
¿Cuánto te ha costado la libra de tomates?
¿Qué has hecho con el vuelto?, ven, declara...

Cristo en tus manos, en tus ojos el sueño de Bolívar,
en ti el final de cuentas, en tu silencio
el rumor de batallas olvidadas
y declaraciones tiernas de amor y juramentos.

—Atravesé los mares...

—Yo descubrí la pólvora...

—Yo no pude nacer...

Tú, el resultado de la larga suma,
el teorema demostrado por los siglos,
la conclusión final de tanta historia
y la premisa mayor para el futuro.

—Apúrate, Virginia, el sol se pone.

La historia ya no apuesta países,
ya no juega generales, te mueve a ti,
contigo pone en jaque al rey de Roma
y te manda adelante y te respalda.

—Mamá, soy yo, no flores, no me duele.

Y acomodas la cultura, los valores, los inventos,
como ollas, vasos, cosas que después de todo sí que sirven.

Vas a ensuciar de grossa las ideas platónicas,
terminará oliendo a cocina y a pan homeado
la metafísica de Aristóteles.

—Estás llorando, ¿qué te pasa?
Te he preguntado sólo qué hiciste con el vuelto,
de dónde has sacado plata para comprar la cinta que llevas en el pelo.

Y que a pesar de todo
es en ti donde encontraron acomodo
los solemnes sucesos del pasado.
Es en ti donde encontraron su sentido,
su forma natural de sentarse,
de estorse cómodo, de fumarse un cigarrillo...

—La patrona no tiene que saberlo.
Está en el bingo, está en el cine, está con sus amigos...

—Virginia, ¿tú fumando?
¡Habrás visto!

La metafísica, Virginia, la matemática, la épica de Homero,
se están fumando el cigarrillo que te fumas,
ven contigo tu película de domingo a las tres
cuando te da permiso la patrona.

¿Qué vamos a hacer con tu patrona?

—¡Virginia, esa mancha que tienes en la pierna...!

—La ropa, la comida...

—Virginia, te llaman por teléfono.

—Señora, dígame a sus muertos que queremos armarlos.
¿Cuántos tiene? ¿Todos los muertos, suyos?

—Señora, dígame a la vida que queremos armarla.
Despiértela si duerme, eso no importa.

—Virginia, puta, ¿tú de comunista?
¡Malagradecida, perra...!

—Virginia, ¿tú, gritando
con tantas voces, en tantas lenguas extranjeras...?

—¿Tú, en Viet Nam, Virginia,
cargando un niño muerto y un fusil...?

—Y ahora en Alabama, Virginia negra,
rompiendo las vitrinas, corriendo por las calles...

—En todas partes, tú, armada, bella, brava...

Con esta ficha humilde se gana la portada.
Con este miércoles anónimo se termina la historia.
Con esta metralleta se mata al último enemigo.
Con esta escoba se inicia la limpieza.
Con esta voz comienzan las canciones.
Con esta mujer se va a poblar el mundo.

HOY ES SIEMPRE...

Hoy es siempre, hoy estoy vivo para siempre.
En un trago de agua me bebo todas las aguas.
En una sola sonrisa soy feliz.
En unas cuantas horas de esta tarde altísima
todo lo pienso, todo lo soy, lo respiro todo
de una sola aspirada pero de punta a punta.

Y algún día hoy estaré muerto para siempre,
en esta misma tarde ya caída,
y juzgado con la misma vara,
con la misma medida y con la misma hondura
que estoy viviendo en esta tarde para siempre.

AMANECE SIN TI...

Amanece sin ti.
Esto no tiene ya remedio ni perdóname
ni ¿cómo estás? ni tanto tiempo yo sin verte,
si ya ni siquiera tiene háblenme de ella, ¿con quién anda?

Hoy amanece a tientas, tropezándose,
tropezándose conmigo, porque este es mi cuerpo, lo supongo,
y qué más da, yo me lo encajo encima
sin a través de ti, sin tu el café está listo, está sabroso,
qué bello estás, ¿por qué no te pones la camisa nueva?

No hay ni ponte calcetines limpios para hoy
que tanto amaba sin saberlo.
Y tú que dizque te amo
y para qué decirlo si lo sabes,
amaneciendo ahora en otro día
sin seguramente ¿dónde estará José?,
¿habrá desayunado?

DESDE HACE TANTO...

Desde hace tanto ¿eres tú? ¿De verdad? ¡Cómo has cambiado!
y tanto no ha hecho nada, lo mismo, me he casado.
Desde hace tanto de eso, tanta nada,
tantos se me olvidaron y ésa no era yo, te confundes,
yo también me he casado, tengo hijos,
que al verte ahora, de improvise, siento que hay un hueco,
hay un escape, hay un desagüe,
ése no era yo, te confundes también,
o nos roban de noche o cuando nos reímos,
No te rías.
o cuando estamos en el cine, porque en fin
¿qué ha sido de nosotros dos?, ¿cómo me mataste?
¿En dónde me dejaste? Ahora lo necesito.
No te rías.
Tienes razón, está bien. Fue por decir nada más, adiós,
salúdame a tu esposo.